

## Evoluciones

Que el espíritu del pueblo donostiarra ha cambiado radicalmente, nadie que haya vivido más de treinta años puede dudarlo. La psicología del donostiarra ha sufrido una transformación radicalísima, desvaneciéndose la figura de aquellos nuestros predecesores que alegraron las angostas calles del antiguo Iruchulo con sus risas de niños grandes, siempre alegres y siempre despreocupados, plenos de ese optimismo que, entre los mismos vascos era privilegio de los donostiarras.

Cuando, al leer las crónicas y anécdotas que nos legaron quienes fueron antes que escritores, hijos de Donostia, recordamos con cierta pena esta transformación que anotamos. No podemos pensar sin pena que la actual generación ha perdido el mejor tesoro del hombre, el humor, la alegría ruidosa que hacía brotar las carcajadas y los "irrintzis", de hombres sesudos, ante una gracia infantil hecha por un "comerciante acreditado", por un alto empleado ó, acaso, por el señor alcalde de la ciudad.

La pequeña ciudad era alegre; la gran ciudad cosmopolita, que alberga á reyes y príncipes se aburre en estas noches oscuras... Y esto es consecuencia de la evolución del donostiarrismo. Hoy no hay donostiarras; las generaciones de este siglo se han creado y desarrollado en un ambiente de "sport", de "cine", de "fox-trot" y de "bar", que ha destrozado su personalidad mezclando los residuos con el amasijo de adiciones y gustos extraños hasta formar un ambiente nuevo en el que han desaparecido todas las tradiciones del pueblo.

Se nos dirá que, á cambio de lo perdido —que no es poco— hemos creado un pueblo nuevo, digno de figurar entre los más favorecidos por el progreso; la cultura y la hospitalidad de San Sebastián gozan de justa fama. Pero nosotros diremos también que no hacía falta sacrificar el carácter donostiarra para gozar de esa fama, que antes ya gozaron nuestros antepasados.

Precisamente en este día de San Sebastián es cuando más resalta la evolución del donostiarrismo. Antes, en la tamborrada tomaban parte gentes de representación, verdaderas personalidades de la ciudad á las que agradaba sobremanera confundirse con el pueblo en estas fiestas de verdadera democracia. Hoy, en cambio, nos hemos vuelto unos "ostras" (¿se dice así?) y nos parece hasta ridículo, en algunos casos, que "gente seria" se disfraza para salir por las calles formando parte de comparsas...

Y esto no es justo; nos atrevemos á decir más: es necesario que la juventud, y aún los viejos que se creen jóvenes, hagan uso de las válvulas de la alegría, que salten y rían fuerte, porque la vida sin alegrías es estúpida, no tiene objeto.

En un libro editado por aquel donostiarra que se llamó Eugenio Gabilondo, persona grave, seria, de verdadero respeto, cualidades que hacía compatibles, dignamente compatibles con el donostiarrismo de aquella época feliz, decía, refiriéndose al "Iriyarena", cuyo significado nada, ó casi nada quiere decir ahora:

"El aire vivo y bullicioso con que comienza mezclado de sentimiento y pasión en la segunda parte, es el fiel reflejo del carácter "joshemaritarras" y se halla, por lo tanto identificado con el hijo de este pueblo sin par.

"El "Iriyarena" es el bálsamo que hace desaparecer el mal humor y la panacea que cura radicalmente las enfermedades de los donostiarras.

"Yo no sé cómo expresar el efecto que en mi ánimo causa esta querida composición, pero sí puedo decir que cuando la escucho, de día ó de noche, anunciando la salida de la "soca-murturra" ó del tradicional "cecezuskos", todo mi ser se estremese de contento, pierdo el apetito (que perder es) y hasta las pilas de

los arcos de la plaza me parecen seres animados".

Así se expresaba aquel donostiarra perteneciente á la generación admirable que contribuyó grandemente á la fama de un pueblo que no es el que fué y cuya juventud quiere ser alegre y remeda una triste caricatura porque vive en otro ambiente. Pero consolémonos; es el progreso, es la europeización y el americanismo que han

llo que tanta fama le dió en otros tiempos; que buena falta hace para contrarrestar la soez chulapería que tanto abunda por esas calles de Dios.

A la vez que las fiestas para solemnizar el día de nuestro patrón a quien representamos enseñando sus desnudeces, dio también comienzo la serie de bueyes ensogados.

¡Los bueyes!... Aunque esta fiesta ha

lo vendría mal en sus respectivos pueblos.

Convengamos en que el espectáculo es, a la par que divertido, expuesto a lamentables perances; pero, señor: ¿no tenemos por ahí cañonada como la del ministro de Hacienda, a quien soportamos con resignación estoica?

Pues entonces...

Además, escritores como Peña y Gofí, Santa Coloma, Sánchez de Neira, Carmoza y Millán y otras autoridades en la materia, han probado hasta la saciedad que el toreo es arte. Y aun cuando no estuviere probado, vendrían a demostrar la verdad de este aserto Erricosheme, Malapán, el gran Ishquiña, Pedro chiqui y otros maestros que han cursado en las aulas de la Plaza de la Constitución.

He presenciado la lidia de novillos en Polosa, Azpeitia, Pasajes y otros pueblos de la provincia, pero en ninguno de ellos he visto la animación y el sello especial que caracteriza a nuestras corridas de bueyes.

Quitad al veterano Patricio Bus del dintel de la sidrería de Ugartemendia, colocado allí un año y otro año, con la chaqueta colgada de los hombros, esperando al miureño para darle un recorte ó acariciarle en el morrillo, y a la calle de Iñigo le faltaría algo para que tenga su fisonomía propia.

Despojad a la esquina de Muñica de aquel nutrido grupo, alegre y bullanguero, que tan pronto jalea con un atronador «emendek!» a la pobre vieja que regresa a casa, de oír la misa de once y media, como hace correr a la tímida doncella con vocerío y «trallas» que la aturden y marean.

Los que acuden a esta esquina y aguardan ansiosos a que el buey haga «carrera», son los mismos un año y otro.

Hay fisonomías que vengo contemplando hace más de treinta años ocupando siempre las mismas posiciones, pues el individuo que provoca al bicho a emprender la carrera doblando la esquina de la derecha, se situará siempre en el mismo lado, así como el de la izquierda por donde tiene por costumbre.

De aquí a la «Vacca» la transformación se ha iniciado y pronto será completa.

El nuevo destino dado al antiguo café de Aristizabal, ha echado de aquel nido al grupo de aficionados «sai generis» que se refugiaban en dicho establecimiento, el cual permanecía siempre abierto al paso del bicho, queriendo demostrar con esto que los concurrentes estaban curtidos en las faenas de la lidia. Bien es verdad que contaban casi siempre con la salvadora capa de «Anthon Ishquiña» y la defensa de los ofrecía la vetusta mesa donde entretenía sus ojos al billar lord Wellington a principios de siglo.

Han desaparecido también los que se estacionaban en el portal de la casa «Shemerito», y aquellos que formaban el numeroso grupo de la «carrera» de «Gaciguezak», se han diseminado distribuyéndose en las inmediaciones de la nueva «Vacca», quedando en la susodicha esquina como protesta constante a las modernas innovaciones, mi querido «lagunaz» y entusiasta «erricosheme» Juan Aspiarzu, quien ni por nada ni por nadie se deja despojar del derecho de apoyarse su voluminosa humanidad sobre el ángulo de la pared, para calarse los quevedos y mover los brazos a guisa de aspa de molino, con objeto de que el buey lome la vuelta de la calle de San Juan.

El abigarrado grupo que concurre a las inmediaciones de la provisional «Vacca», está compuesto de personas de todas edades, clases y categorías, comenzando por un respetable jefe de ingenieros y concluyendo en el bravo pescador del barrio de la Jarana.

Dirase lo que se quiera contra la tradicional costumbre «koshquera», pero es



asfiado lo que nos era más propio, lo que representaba al pueblo donostiarra, antes alegre y hoy aburrido...

Un "koshkero".

## "Alde, Alde!"

La popular Sociedad «Unión Artesana» ha llevado a cabo, como otros años, la tradicional «Tamborrada», el «Cecezuskos» y los fuegos artificiales, festejos costeados por los socios, según es costumbre antiquísima en aquella Sociedad de «erricoshemes».

Ella ha venido a ser por las vicisitudes de los tiempos, el refugio de las tradiciones «joshemaritarras», y en sus salones se reúnen los pocos entusiastas que manteniendo enhiesta la bandera símbolo de tantas y tan gloriosas costumbres donostiarras, aguardan a que la nueva generación venga a recoger la herencia, la vigorice y vuelva a rodearla del bri-

lenido siempre y tiene aún sus detractores, éstos son los menos, y ¡cosa rara! aun cuando censuran la «bárbara» costumbre, acuden solícitos a presenciar el espectáculo guarecidos en los soportales de la Plaza de la Constitución, a la sombra, por decirlo así, para gozar con intención poco laudable y caritativa de los lumbos propinados por el cornúpeto ó las caídas de latiguello que proporciona la manoma a los distraídos.

Y es de notar aquí la coincidencia extraña de que aquellos que han podido desterrar de su pueblo la bárbara costumbre de correr el «toro del aguardiente» con su inseparable cortejo de muertos y heridos (o que tal vez han simpático con tan «suave» diversión y con la no menos suave de ver morir de hambre a los maestros de escuela), son los primeros que alzan la voz e invocan la cultura, sacan a relucir el siglo de las luces y hablan con un puritanismo que